



**Ramírez Melgarejo, Antonio (2024). *Estrategias de reproducción social de las clases populares. Trabajo, crisis y reconocimiento en el sureste español*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 382 páginas.**

**Álvaro Briales Canseco**

Universidad Complutense de Madrid

Departamento de Sociología Aplicada  <https://dx.doi.org/10.5209/crla.105154>

Publicado en línea: 23/12/2025

La pasada primavera tuve la suerte de hacer un viaje en bicicleta por el interior de Murcia<sup>1</sup>. Un urbanita al uso –como este que escribe– víctima de la propaganda idealizada de “el campo” esperaba encontrar allí idílicas imágenes de “la huerta” que nos alimenta: un vergel repleto de preciosos campos de pimientos, melocotoneros y ciruelos, donde cualquier viajero podría ir arrancando y zampando sobre la marcha jugosas y abundantes frutas. Mientras, en mi bici, podría ir saludando a auténticos “campesinos” de toda la vida que cultivan “su tierra” y, en las paradas, me contarían sus historias de antiquísimos saberes y tradiciones rurales.

Hasta ese viaje, yo no podía decir que supiera mucho de Murcia más allá de los estereotipos y los chistes. Pero en los últimos años, gracias a los congresos de sociología en Murcia capital y, sobre todo, a mi compañero de la Complutense y amigo Antonio Ramírez Melgarejo, había empezado a conocer algunas de las investigaciones sobre la agroindustria del grupo de la Universidad de Murcia. Antonio Ramírez Melgarejo me había dado algunas claves para desidealizar algunos tópicos. Me había dicho que “la huerta” ya prácticamente no existe, que lo que hay allí es, más bien, una gigantesca fábrica de alimentos a cielo abierto, con toda su maquinaria y sus capataces como en cualquier gran industria. Me había contado también que, a pesar de lo vistoso de su capital y zonas costeras, Murcia ocultaba grandes cotas de explotación, pobreza y desigualdad. Pero, realmente, no sabía mucho más.

Si tuviera que elegir una imagen sociológicamente significativa de mi viaje por el campo murciano, atravesando los caminos que van de Totana a Mazarrón, me quedaría con el momento en que vi a una cuadrilla de unos diez hombres negros que portaban cada uno un enorme barril de plástico de unos 100 litros –colgado precariamente a la espalda con unos cordeles– los cuales iban llenando de brócolis que vaciaban en cajas apiladas en altísimas torres. La imagen me remitía a escenas coloniales de películas como *12 años de esclavitud* o *Harriet: en busca de la libertad*, o el documental *Después de las ocho* sobre los conflictos de El Ejido –materiales que usamos para explicar en nuestras clases de sociología tanto el pasado como el presente de la relación intrínseca entre capitalismo y racismo–.

---

<sup>1</sup> Sobre la bicicleta como herramienta de la investigación sociológica y etnográfica, sorprendentemente no hay mucha literatura.

Así que, gracias a la oportunidad de aquel viaje en bicicleta y, sobre todo, a la reciente publicación del libro *Estrategias de reproducción social de las clases populares*, me animé entonces a leer esta investigación para intentar llenar un poco el vacío de mi ignorancia social y sociológica.

El libro de Antonio Ramírez Melgarejo nos adentra en el universo de la comarca de la Vega Alta del Segura –formada por Cieza, Abarán y Blanca– donde el investigador murciano, a través de una inmersión etnográfica de dos años, realiza un diario de campo y 53 entrevistas, con el objetivo de comprender los sentidos profundos de la *economía moral* de este territorio del interior de Murcia. En sus propias palabras, el objetivo fue:

...conocer los modos en los que las clases populares "van solventando sus vidas", a pesar de las dureza de las condiciones, la incertidumbre laboral, la desigualdad o la falta de expectativas. Pretende aportar algunas claves para tratar de responder a preguntas como ¿por qué la gente trabajadora no se organiza política o sindicalmente contra su propia situación? ¿por qué parecen aceptar resignadamente las cartas que les ha repartido la vida? ¿hasta qué punto están dispuestas a aguantar? ¿optarán por una salida reaccionaria y nacionalista o por el contrario se abrirán a nuevas formas de entender la vida en común? Todo está en juego. (p. 33)

Las preguntas de Antonio Ramírez Melgarejo son análogas –salvando las distancias– a la que se hizo Wilhelm Reich en el contexto de la emergencia del nazismo: “lo que es necesario explicar no es que el hambriento robe o que el explotado se declare en huelga, sino por qué la mayoría de los hambrientos no roban y por qué la mayoría de los explotados no van a la huelga” (1933: 32). ¿Por qué los explotados de la Vega Alta –y de tantos otros lugares– no están en conflicto aparente, si están sufriendo la pobreza y la precariedad en una región tan productiva materialmente, y si son además la mayoría? Es una pregunta que nos podemos hacer en todas partes, pero solo podremos responder en profundidad si la aterrizamos en un territorio concreto como se hace en este libro. En otras palabras, ¿cómo se las apañan para vivir y, a menudo, sobrevivir, y por qué no se dan las movilizaciones que serían esperables? Un economicismo tosco o una teoría de los “intereses materiales” obviamente no puede dar cuenta de ello, por lo que Antonio Ramírez recurre a explicaciones complejas en diversos niveles: el histórico, el moral, el territorial, y en general el de la construcción de las tramas dinámicas de tensiones entre las formas de dominación y las “estrategias” de los dominados. Ese es el ambicioso objetivo de la obra.

En primer lugar, para entender un territorio como el de la Vega Alta, Antonio Ramírez Melgarejo parte de la historia de la estructuración de la propiedad de la tierra en España, desde lo que podríamos llamar el proceso de la acumulación originaria con las desamortizaciones en el XIX, pasando por las reflexiones de Joaquín Costa no solo sobre la oligarquía y la tierra sino también sobre la crucial política hidráulica, los debates sobre la vieja cuestión *meridional* de las sociedades del sur –que ya planteara Gramsci para entender la situación del sur de Italia–, y siguiendo por los conflictos de la II República entre la “politización reaccionaria del campesinado” y las luchas jornaleras por la Reforma Agraria. Tras la guerra civil y con la dictadura franquista se constituirá la forma de organización de las élites locales –“caciques” y “señores feudales” son los términos que usan varios de los entrevistados– y el desarrollo desigual y subordinado de las regiones del sur en el capitalismo español y europeo hasta nuestros días.

Tras la síntesis de las claves históricas, el libro sigue en sus dos grandes apartados: el de la explicación del modelo productivo por el lado de la relación salarial, y la explicación de la amplia y densa esfera reproductiva, en sus tramas de interrelaciones: tal como lo describe Antonio Ramírez,

los ciclos laborales y reproductivos pueden esquematizarse como: “trabajo formal - paro forzado / estrategias reproductivas / disponibilidad permanente - trabajo formal” (p. 175).

En el plano de la organización productiva, el libro nos explica con detalle la génesis de unas condiciones de dominación laboral en las cuales la fuerza de trabajo ha quedado fortísimamente embridada a las fluctuaciones estacionales y decisiones coyunturales de los capitanes de la agroindustria en cada momento. Aunque las necesidades de las personas son siempre continuas, los momentos productivos se asignan en dosis completamente discontinuas. El problema, obviamente, no ha sido tanto acostumbrar a la fuerza de trabajo a la intermitencia de los ciclos laborales sino sobre todo gobernarla para aguantar la precarización sostenida.

El acople a este sistema de relaciones laborales fijas-discontinuas ha dependido así de cada una de las sucesivas coyunturas: tras las crisis de 1993, durante la potente absorción de fuerza de trabajo durante el auge de la construcción, tras la crisis de 2008 y la vuelta al “refugio” de la agricultura, tras los cambios en las temporalidades que imponen las nuevas frutas y verduras establecidas por la demanda global o las decisiones empresariales, y por supuesto tras las diversas fases de negociación y conflicto laboral que han ido surgiendo en ramos específicos o en el conjunto del sector. Toni nos describe así una región materialmente muy rica y productiva que sin embargo mantiene a generaciones y generaciones de trabajadores vitalmente absorbidos por enfrentar una permanente incertidumbre, salarios intermitentes, imprevisibles y extraordinariamente bajos –en los últimos datos pueden oscilar entre los 4 y los 7 euros por hora– y con las consecuencias en sus cuerpos entre dolidos y curtidos a los equilibrios y desequilibrios del agro murciano. Las iniciativas de cooperativismo y pequeñas empresas que han intentado reformar el modelo, según nos explica Antonio Ramírez Melgarejo y sus entrevistados, no han logrado realmente institucionalizarse de un modo estable, sino que han seguido subordinadas a las grandes concentraciones de capital y tecnología que han dominado y dominan la economía de la Vega Alta y la mayor parte del campo murciano.

Tras los recientes pogromos islamófobos de julio de 2025 y la escalada de formas de guerra entre pobres<sup>2</sup>, este libro supone también un aporte muy pertinente para explicar en profundidad los complejos caldos de cultivo del racismo laboral y social. Inicialmente, las primeras generaciones de migrantes que llegaron en los años noventa llevan ya más de tres décadas siendo un pilar económico de múltiples municipios murcianos. Posteriormente, las siguientes generaciones de la década de los dos mil se insertaron cuando buena parte de los autóctonos de la clase trabajadora abandonaron el campo tras ser atraídos por la gigantesca burbuja de capital inmobiliario, que más tarde estallaría. En varias entrevistas se nos describe perfectamente la trayectoria de estos procesos, y así vemos que los conflictos reaccionarios no tienen nada que ver con supuestas incompatibilidades culturales, sino con un contexto económico generalizado de amenaza, miedo, escasez material e incertidumbre laboral: como lo sintetiza Toni, las clases populares de la Vega Alta “tienen encarnado que las cosas no suelen mejorar, pero sí que pueden empeorar muchísimo”. Ante esta amenaza, la promoción del racismo es, como dice Saïd Bouamama (2021), un modo de gestión de las relaciones de clase; un modo que permite mantener la competencia entre los penúltimos y los últimos de la clase y que busca romper las alianzas que debieran producirse entre la mayoría de los empobrecidos para repartir realmente la abundante riqueza producida con su trabajo.

Dadas las condiciones actuales, y asumiendo el supuesto de la estacionalidad de los ritmos de la agricultura, no hay ninguna ley natural que impida garantizar la vida digna todo el año a quien

---

<sup>2</sup> Véase el artículo del propio Antonio Ramírez Melgarejo (2025) ¿Torre Pacheco como síntoma? <https://zonaestrategia.net/torre-pacheco-como-sintoma/>

trabaja duramente de marzo a septiembre, por ejemplo, como tampoco hay ninguna ley económica que obligue a asignar salarios miserables por parte de empresas de gigantescos beneficios –no nos referimos solo a las agroexportadoras, sino a las grandes cadenas de distribución que en último término son las que capturan buena parte del beneficio producido en el conjunto de los eslabones de las cadenas de valor en las que se inserta la agroindustria murciana–.

El último gran apartado del libro, dedicado a la complejidad de la esfera reproductiva, explica el fortísimo peso de la familia –como institución fundamental de las estrategias de cooperación en lo material y provisión de afecto en la vida cotidiana–; las redes de trabajo reproductivo; la miríada de sistemas de autoabastecimiento e intercambios recíprocos; los “intersticios” del trabajo informal ocasional –imposibles de medir y representar por los dispositivos de la economía convencional–; las estrategias de acceso a salarios indirectos, rentas públicas y privadas; y una clave central en la que Antonio Ramírez insiste mucho relacionada con las estrategias de movilidad –pendular, circular, geográfica, sectorial–. Dado que la eventualidad estructural del sector genera constantes *estados de relegación temporal*, la descripción densa de estas estrategias reproductivas nos permite entender el enigma de cómo es posible vivir durante los tiempos de no trabajo: la clave de la explicación reside en visibilizar los fuertes lazos de interdependencia colectiva que hacen resistir a los individuos en los vaivenes de sus recurrentes estados de necesidad.

Posteriormente, las descripciones y análisis de Antonio Ramírez Melgarejo entran en el meollo de lo que llama *el resquebrajamiento de los consensos morales* que un largo proceso de precarización difusa pero constante ha ido produciendo, por ejemplo: en las generaciones de jóvenes decepcionadas por el frecuente fracaso de sus estrategias de inversión en capital cultural, en la devaluación de los títulos escolares para un modelo productivo tozudamente organizado sobre el ahorro de costes laborales, en las difíciles estrategias del trabajo –denominado– autónomo, en las comunes trayectorias erráticas de entradas y salidas en los mercados laborales o en las iniciativas “emperedoras”. Sin embargo, estas *heridas morales* no tienen solo una cara social-depresiva por así decir, sino que también son una potencial bomba de relojería en la medida que evidencian la sostenida incapacidad de las élites para garantizar pactos mínimamente estables y capaces de contener los malestares sociales.

Si nos obligamos a plantear alguna crítica, desde nuestro punto de vista no terminamos de entender la gran centralidad que la investigación decide otorgar a la cuestión del “reconocimiento” y “lo moral”, entendiendo que ello deja en un lugar más secundario al problema de la redistribución y lo material. Entiendo el sentido de valorar la normatividad popular y la autonomía moral de la clase trabajadora frente a la normatividad oficial. Y aunque es claro que el concepto que aquí se ha usado de lo moral –de raigambre *durkheimiana*, por un lado, y en el sentido de E. P. Thompson, por otro lado– es muy distinto del sentido abstracto habitual, ¿es la dimensión de los conflictos llamados morales tan pertinente como para hacer girar toda la investigación en torno a sí? Y, además, ¿podemos suponer una relativa homogeneidad moral de las clases populares en relación con sus comportamientos sociales y económicos?

Entendemos que, en una concepción materialista del asunto, las posiciones morales no derivan de razonamientos abstractos sino de formas de vida compartidas. Así, de situaciones de lucha vital cotidiana donde se imponen contextos de guerra entre pobres, sería lógico esperar la participación en comportamientos “inmorales” tanto para los propios sujetos como para su clase. Dicho en términos de Bourdieu:

La competición por el trabajo va acompañada de una competición en el trabajo, que también es una forma de competición por el trabajo, que hay que conservar, a veces a cualquier precio, contra el chantaje del

despido. Esta competición, a veces tan salvaje como la que practican las empresas, está en el origen de una auténtica lucha de todos contra todos, destructora de todos los valores de solidaridad y humanidad y que alcanza, a veces, una violencia sin límites. Los que deploran el cinismo que caracteriza, en su opinión, a los hombres y las mujeres de nuestra época, no deberían omitir relacionarlo con las condiciones económicas y sociales que lo favorecen o lo exigen y que lo recompensan. (1998: 124-126)

En este sentido, en el relato de Antonio Ramírez Melgarejo, mi impresión es que subyace el supuesto de una moral relativamente homogénea en el conjunto de las clases populares que entrevista. Pero, dadas las condiciones sociales descritas, me parece que más bien habría que partir del supuesto de una mayor heterogeneidad moral –es decir, ética– tanto a nivel colectivo como individual. Desde esa mirada, probablemente las gafas del investigador podrían haber encontrado, por ejemplo, mayores contradicciones entre lo que se dice –en las entrevistas– y lo que se hace, es decir, entre el deber ser y el ser real.

Lo lógico en condiciones de precariedad que no se terminan de politizar sería, por tanto, esperar mayor fragmentación de las solidaridades sociales transversales a la clase, y por tanto también una relativa pluralización de los sistemas de valores, que se activarán y desactivarán según las situaciones, y de ese modo, los sectores más vulnerables se verán sujetos a continuos desplazamientos de los límites morales en situaciones dadas. Más que una clara distinción entre lo moral y lo inmoral generalizado en las clases populares, siguiendo por ejemplo el enfoque de Scott (2003) sobre el *arte de la resistencia* –que Antonio Ramírez cita– podría haber sido interesante visibilizar más los contradictorios modos de competir y cooperar, decir la verdad y mentir, solidarizarse o poner la zancadilla, visibilizar y ocultar, realizar alianzas de clase o bascular hacia el interés egoísta, ser igualitario unas ocasiones y machista, racista o clasista en otras... Lo que en definitiva nos ocurre a todas las personas en esta sociedad en mayor o menor medida, y como no puede ser de otra manera cuando tenemos que atravesar las tensiones y contradicciones en las que el mundo laboral nos coloca cotidianamente. Reivindicar estas contradicciones podría ser una vía interesante también para desesencializar los comportamientos de los sujetos, entender mejor los inconscientes sociales, y de ese modo también abrir vías para romper con los consensos morales –o contratos sociales tácitos con las clases dominantes– que, como señala el libro, también están en el origen de la sumisión y la dominación.

Tras esta ya muy larga reseña, tras descubrir Murcia a través de la sociología en bicicleta y sobre todo por el riquísimo libro que abordo, quisiera invitar a todos los urbanitas –sociólogos o no– a que lean el libro de Antonio Ramírez Melgarejo. Si lo hacen, entre otras cosas, aprenderán el significado de las tahúllas, el desroñe, despampanar, las almaceneras, la capaza, las espuestas, el acarreo, embasurar, escarda, los cabezaleros, la uva apirena, un parral, clarear, florear, paletizar, el mito del abaradero hecho a sí mismo, el panocho, las collas, hacer la vela, la fruta extratemprana o la peonada vuelta. También conocerán conceptos como el del empresario oportunista, las figuras laborales mixtas, la relegación temporal, la migración pendular, el nomadismo laboral, la agricultura sin campesinos. Sabrán qué disfrutamos de herencias de grandes maestros, como un antropólogo que investigó el campo murciano llamado Joan Frigolé, verán aplicada la teoría de la reproducción social de Enzo Mingone, conocerán los entresijos de la complicada teoría de Axel Honneth sobre el reconocimiento, y también el ingente y valioso trabajo que han hecho las y los sociólogos murcianos para desentrañar los sistemas de explotación de la fuerza del trabajo y el resto de la naturaleza de los cuales dependemos.

Lo que el capital denomina actividades de “bajo valor añadido” suelen coincidir con aquellas que mayor valor antropológico tienen para la vida: por ello, frente al desprecio del trabajo que produce los alimentos que comemos, Antonio Ramírez Melgarejo termina reivindicando aquello que cualquier sociedad digna deberá priorizar en su escala moral: que “las clases populares merecen respeto”.

### **Bibliografía**

Bouamama, S. (2021). *De las clases peligrosas al enemigo interior*. Madrid: Traficantes.

Bourdieu, P. (1998). *Contrafuegos*. Barcelona: Anagrama

Reich, W. (1972 [1933]). *Psicología de las masas del fascismo*. Madrid: Ayuso.

Scott, J. (2003). *Los dominados y el arte de la resistencia*. Navarra: Txalaparta.